

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

También forman parte de la vida contemporánea los estudios sobre la vida primitiva... Y no conozco nada que así dé materia á reflexionar, como el cuadro de esa vida de otras edades, comparado al nuestro.

Un gran señor, el marqués de Cerralbo, conocido en la política por haber sido largo tiempo jefe del partido carlista en España, en las letras por sus inspirados versos, en los círculos de la buena sociedad por los espléndidos bailes que se celebraban en su casa palacio de la calle de Ventura Rodríguez, ha renunciado últimamente á la actividad del propagandista político, consagrándose á sus aficiones arqueológicas y artísticas, á las cuales aporta su inteligencia no común, su laboriosidad y los medios que le proporciona su gran fortuna. Hacer excavaciones por su cuenta es el sueño de muchos arqueólogos; pero no todos pueden realizarlo. Magnates como el duque de Loubat y el marqués de Cerralbo, no abundan; la mayoría se lo gasta en automóviles ó en cosas peores, todas frívolas y necias, de las cuales nada queda al cabo, ni para lucimiento de un nombre, ni para provecho de la patria y la humanidad. D. Enrique de Aguilera y Gamboa, gallardamente, ha creído que nobleza obliga, y por su cuenta y sin auxilio alguno oficial, acaba de realizar notables descubrimientos y de verificar interesantísimas exploraciones en la cuenca del alto Jalón.

Este río, en cuyas márgenes, por lo que se ve, confluyeron pueblos y razas peninsulares, nace en Sierra Ministra, y al través de la provincia de Soria, penetra en la de Zaragoza, recorriendo largo trayecto sembrado de estaciones arqueológicas donde el sabio explorador halló revelaciones curiosísimas. En su curso, el río pasa por la finca de Santa María de Huerta, propiedad del marqués y donde suele dar hospitalidad franca á sus amigos. Desde la hermosa posesión ha podido organizar las excursiones en busca del remotísimo pasado ibérico, siguiendo las orillas del río que va á morir en el Ebro—el otro río ibérico por excelencia.

Los descubrimientos del marqués no son precisamente lo que él buscaba, porque lo que buscaba era el desarrollo de la vía romana que, desde Mérida á Zaragoza cruza el país. No creía el marqués que estuviesen en lo cierto los geógrafos al señalar y fijar el trazado de esta vía, y aspiraba á rectificar el punto histórico. Y, para lograr su objeto y averiguar el verdadero emplazamiento de la ciudad de Arcóbriga, hubo de emprender el marqués caminata por altos y escarpados montes, tajadas rocas detriticas, y escarpes de margas y arcillas, que ofrecieron á su mirada de arqueólogo estaciones prehistóricas completamente desconocidas unas, otras apenas sospechadas. Es de creer que algo análogo ocurrirá siempre que con inteligencia y detenimiento se registren comarcas españolas. España, en muchos puntos, es un arca todavía cerrada, ó á lo sumo entreabierta.

Al descubrir los restos de las edades desaparecidas, la imaginación se exalta y las reconstruye, basándose en tales restos para adivinar el conjunto. No es extraño que el marqués, al reseñar sus descubrimientos, haga brillante descripción—poeta al fin—

de la tierra en el período mioceno, viendo con los ojos de la fantasía, en el territorio de Sierra Ministra, el cuadro de los grandes mamíferos y reptiles gigantes cuyos huesos aterradores se conservan hoy en los Museos, y que se solazaban vivos, con vida furiosa y desatada, entre la vegetación no menos lujosa y enorme, sin que contemplase el magnífico espectáculo ningún ojo humano, pues el hombre no existía aún, ni existió hasta muchos siglos después del período plioceno. Y el explorador se figura la aparición del hombre en aquellos parajes, ya transformados. Le ve aparecer, apenas cubierto por una piel de ciervo, revuelta y desgredada la cabellera, armado con los colmillos de los descomunales elefantes prehistóricos, ó empuñando piedras sin labrar, siguiendo á un jefe que los guía, y alzando tal vez los brazos al sol, adorándole. Es la tribu nómada venida quién sabe de dónde; tal vez del Oriente; son los primeros seres racionales que pisan la tierra soriana. El elefante todavía bulle en los pantanos del Jalón: la tribu vive de la caza. Todavía la humanidad tardará mucho en aprender á labrar la tierra. Los nómadas se detienen, porque ventean presa, y preparan sus trampas, donde ha de caer el paquidermo. Allí habitarán en cavernas los hombres primitivos hasta que los elefantes se agoten ó se alejen, huyendo de aquella fiera más temible que todas, que acaba de surgir en la creación. ¡Misterio profundo la aparición del hombre, su lucha con la naturaleza, en la cual apenas se concibe que los primeros seres humanos hayan podido resistir sin perecer! ¡Misterio que sólo la fe aclara, porque la ciencia, cuyas conquistas estoy sin embargo reseñando y admirando, no posee ni la más ligerísima noción para alumbrales impenetrables tinieblas!

Lo que la ciencia rastrea empieza mucho más acá de esos orígenes que es probable permanezcan eternamente velados. Cuando se empieza á saber algo del hombre, es cuando ya el hombre ha encontrado en sí mismo recursos para la lucha. Lo que ha dejado vestigios es ya signo de una civilización, todo lo tosca, todo lo elemental que se quiera, pero civilización al cabo, desde el momento en que transforma y utiliza á la naturaleza en beneficio de la especie humana. El arcano momento de la aparición del mamífero superior no ha podido dejar documentos ni huellas, y jamás se llegará, ni aun por conjetura, á descifrarlo.

En este camino, en el cual, retroceder es avanzar, el marqués de Cerralbo ha conseguido dar un paso atrás en los orígenes de la humanidad, encontrando restos pliocénicos que alcanzan al hombre.

Halló las disformes reliquias del elefante meridional, anterior al *antiquus*, y que es el coloso de los animales que no sé si científicamente deben llamarse antediluvianos. Los colmillos de este monstruo, encontrados por el marqués de Cerralbo, miden el uno tres metros diez y nueve centímetros, el otro dos ochenta y cinco. El omoplato del coloso mide sesenta; el húmero, un metro; el radio, cero noventa, y el cúbito, uno cinco. Si el hombre, como parece demostrado por el hallazgo de hachas de piedra en el mismo yacimiento donde aparecieron los restos del elefante, convivió con él y le cazó sin más armas que las piedras..., bien puede decirse que el valor humano justifica todos los mitos en que envolvió al heroísmo la antigüedad. Porque cazar á un elefante meridional, es como cazar á una torre de treinta metros de altura ó á una colina ingente..., pero torre y colina vivas y provistas de defensas que sólo mirarlas estremece el ánimo.

No habiendo de seguir paso á paso los descubrimientos del marqués, diré sólo que en ellos la ciencia encuentra mucho que estimar, pero la imaginación no pierde sus derechos. Yo pienso tantas veces en cómo sería la vida del hombre en aquellos tiempos que no nos han legado sino reliquias rotas y osamentas carcomidas, que por la obra creadora de la fantasía me parece volver á aquellas edades. Recons truyo los terrores de nuestros antepasados en lucha con la fauna tan numerosa como terrible, antes de que el animal se prestase á auxiliar con su trabajo y su leche y su piel á las criaturas humanas. No podemos, hoy que casi no conocemos otros animales sino los domésticos, y para buscarlos en estado salvaje habríamos de viajar á países lejanos, suponer lo que sería una Europa en que corrían á manadas el mammoth, el reno, el elefante, el mastodonte, el búfalo, y en que pululaba el oso de las cavernas; no podemos reconstruir la sensación del paso de un gigantesco saurio, del cual quedan huellas en tradiciones confusas, como la de la Tarasca, y la de las infinitas doncellas guardadas por un dragón que sale de un pantano—de los últimos pantanos prehistóricos. No podemos tampoco darnos cuenta de lo que sería la vida troglodítica, en el seno de cavernas naturales ó

abiertas en la roca por manos humanas. ¡Qué tragedias se habrán desarrollado en el fondo de esas espeluncas, ya de amor, ya de celos, ya de venganza, y sobre todo, de hambre! Porque para mí es evidente que, en el desamparo del hombre primitivo, sin habitación, sin agricultura, sin animales domésticos, sin abrigo, sin armas, (excepto las puntas de hacha y flecha formadas de hueso y pedernal), la cuestión diaria, apremiante, angustiosa, fué la de hallar de comer. Se me dirá que no ha variado la posición del problema humano, y que la misma necesidad brutal, el mantenimiento, es la que hoy agita y solivianta á las muchedumbres. Y acaso, en el fondo, los que así hablan tengan razón. La diferencia es que hoy todo hombre posee un capital en su trabajo y en su experiencia colectiva. El hombre primitivo sólo contaba con su valor de fiera. Morir para comer, tal era el problema diario, la obligación de cada mañana. Mientras no se agotaban los restos de la última cacería, la tribu podía dormir su hartazgo en las obscuras profundidades de la caverna, donde los «restos de cocina» iban amontonándose, y donde se abría tal vez la sepultura del cazador despanzurado por los colmillos del elefante ó las astas del ciervo; pero la vianda se pudría, y era preciso salir de nuevo en busca de carne fresca. Los hombres de la tribu, los mozos fuertes, se armaban con lo que podían, flecha ó pedrusco, y salían á procurar el sustento.

Y todavía esta edad, aunque tan trabajosa, es clara y comprensible: se caza; hay armas rudas y elementales: se puede esperar comer. Lo difícil es averiguar cómo se viviría en los albores de la especie. ¿Será que desde el primer instante (no acierto á figurarme este primer instante) la humanidad, por instinto, buscó al animal para saciarse en sus despojos? ¿Será que el hacha de piedra, que parece descubrimiento, fué labrada por el primer hombre? ¿Combatió á las fieras con uñas y dientes? ¿Quién lo sabrá!

Si hubiese justicia, debiéramos erigir un monumento á los ignorados inventores, que según acertadamente nos ha dicho el profesor Cartailhac, necesitaron tanto genio como los actuales á quienes se debe, por ejemplo, la telefonía sin hilos, el radio ó la sueroterapia. Ignoraremos siempre quién tuvo la idea de afilar un trozo de sílex, quién modeló la lámpara que, alimentada con grasa de animales muertos, alumbró la noche de las cavernas; quién ideó sujetar con agujas de hueso el cabello de las mujeres; quién acertó á discurrir la trampa donde fuesen cazados los grandes mamíferos; quién inició sobre la superficie de las rocas, las formas de la escritura; quién vació el primer objeto de cerámica; quién hizo resplandecer tempranamente la belleza del arte, dibujando y pintando, en los techos y en las paredes de las cuevas, esas figuras que hoy nos asombran por su perfección.

Yo sólo he visto unas, las de la cueva de Altamira, realmente sorprendentes. Por señas que, cuando visité las cuevas de Altamira, años hace, la opinión más general, hasta entre los entendidos, era que tales pinturas habían sido falsificadas por un señor Soutuola, que decía haberlas descubierto. Sin autoridad alguna para opinar (pero se opina involuntariamente), me parecía que las pinturas eran muy auténticas, y no veía explicación racional al hecho de que las hubiesen falsificado. Desacreditadas siguieron algún tiempo, y el profesor Cartailhac, en las conferencias que está dando en la Universidad Central, recordó lo que á este propósito le dije en Burdeos, donde tuve el gusto de conocerle con ocasión del Congreso de lenguas romances. Fué necesario que apareciesen otras muchas cuevas, con pinturas análogas, en diferentes puntos de Europa, para que se reconociese, sin quedar duda, la autenticidad de las de Santillana.

Lo asombroso de tales pinturas, es la elegancia y libertad del trazo. El arte—teoría sostenida por don Juan Valera, y que los hechos confirman—no progresa: nace íntegro en todas las edades de la humanidad. Aquellos artistas de las cavernas, que vestirían pieles sin curtir y con la grasa que les servía para alumbrarse ligaban los colores, estaban á la altura de los mejores dibujantes actuales. Ni en realismo, ni en sinceridad, ni en soltura de diseño, tienen que envidiarles nada. El arte no espera á que la civilización madure. Por eso creo que sería justísimo alzar un monumento en conmemoración de los genios eternamente olvidados que la humanidad produjo, cuando aún no conocía el uso del hierro. Y sería un lugar muy adecuado para este monumento, con pedestal de ásperos peñascos, alguno de esos riscos imponentes que Cerralbo describe, en la ya renombrada cuenca del alto Jalón.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.